

La corrupción administrativa un planteamiento estructural

En este país nuestro de tantos males parece que siempre necesitamos ponernos uno tan a la vista que tape a todos los demás, un tremendo tronco que no sólo impida ver el bosque sino que por eso mismo resulte también él invisible, inexplicable. Se descarga sobre él la nube de lamentaciones y, una vez expuesto al escarnio público, se lo retira del escenario y se saca el número siguiente.

Ahora el turno le ha tocado a la corrupción administrativa. El presidente de la república, los ministros, las cámaras legislativas, las direcciones nacionales de cada partido, diversas asociaciones y gremios, las páginas de los periódicos van desfilando solemnes en este duelo. En sus peculiares estilos cada uno entona su cívico lamento tribunicio. Nos afligimos, nos rasgamos las vestiduras, amenazamos, lo pasamos a comisión y cada uno se va a su casa.

Y esta ceremonia expiatoria no es fingida. ¿Quién dudará de que la mayoría de la nación lamenta sinceramente este estado de cosas? ¿Quién duda de que el gobierno desea ardientemente salirse de eso? Nosotros sí creemos en esta sinceridad. Pero pensamos que este buen deseo difícilmente cobrará realidad a no ser que se cambie de raíz el significado de la tarea política. Porque el fenómeno de la corrupción administrativa no es ante todo un problema de moralidad privada, de buenas costumbres. Es ante todo un problema estructural.

LAS INDUSTRIAS NACIONALES

Venezuela está en la órbita del sistema capitalista. El presupuesto de este sistema es la productividad: la empresa capitalista rinde más de lo que consume, y para potenciar este rendimiento ha desarrollado enormemente los medios de producción. Por eso la época del capitalismo se ha caracterizado por la producción de bienes y servicios en una escala completamente inédita en la historia de la humanidad. Esta emancipación de la tierra mediante la técnica, este empleo de la naturaleza como simple material para ser transformado en bienes constituye la riqueza de las naciones.

Pues bien, en este largo siglo y medio de vida republicana nos hemos pasado soñando en ferrocarriles, carreteras, laboriosos campesinos, fábricas trepidantes y escuelas de capacitación técnica. Eso es lo que hemos soñado. De lo que no hemos dejado de hablar. Pero lo que hemos hecho, nuestras industrias nacionales, han sido la guerra y la política. Y la segunda como culminación de la primera y con su mismo esquema. Dos industrias no productoras sino depredadoras. Dos industrias ideadas para vivir sin producir. Dos técnicas ideadas para apropiarse de lo poco que había en el país, por una oscura identificación entre la nación y el caudillo militar o civil. Pero el presupuesto del sistema era la permanencia de los distintos roles sociales bien sea que los desempeñen los patiquines de Caracas o los llaneros, los orientales, los corianos o los andinos —“jefe es jefe, aunque cargue cochochos”—, y sobre todo la permanencia intocada de las mismas técnicas e instrumentos de producción.

Y el turno de los partidos ha consistido en que unos esperaban en la antesala mientras los otros pasaban sus vacas gordas. El país no daba para que disfrutaran todos a un tiempo. Así ha sido desde la oligarquía liberal que confiesa que sólo pide cambio de hombres hasta el enfático

Castro pasando por Alcántara, Andueza y Crespo. En este panorama Zamora pudo haber representado una alternativa distinta. El capitalizó el tremendo descontento del pueblo. Y su programa no sólo incluía un mayor reparto de la riqueza y con eso el paso real de la oligarquía a la democracia sino también, mediante el acceso directo del pueblo a los bienes productivos, una desaparición de mediaciones que impidiera esa vida nacional parasitaria. Pero Zamora cayó. Y la oscuridad que rodea a su muerte simboliza la sospecha de que nadie de los que en la Venezuela de entonces tenía nombre quería en verdad ese cambio. Su programa cayó en el olvido. Y sólo queda de él su momento negativo: la ruina de Barinas, la sabana incendiada, el robustecimiento de los hábitos guerreros que, a pesar de sus esfuerzos de disciplina, degenerarían más tarde en bandolerismo volviendo a su antigua barbarie.

La guerra y la política, las dos industrias nacionales. Juan el veguero ha sido un ser absolutamente despreciado no sólo por la eterna Doña Bárbara sino por el no menos eterno bachiller Mujiquita. Caudillos y políticos han considerado como seres inferiores a esos pacíficos sedentarios que querían vivir trabajando. Tan poca hombría debía pagarse: su precio ha sido el derecho de paso y devastación. Y hasta sus iguales, los llaneros prontos para el esfuerzo y para la hazaña, han despreciado este género de vida, lento, monótono y de pocos horizontes. Han preferido jugarlo todo a un golpe de fuerza y de suerte. Si resultaba la parada, el premio era un puestecito, un sitio donde jugar con ventaja, donde cobrar su tributo.

Y la misma incompreensión aguardaba al hombre de ciencia o al idealista que soñaba con poner en marcha alguna fuente inexplorada de riqueza. Tarde o temprano eran marginados o asimilados o saqueados. Porque la cosa era dedicarse a prestamista usurero o a importador exclusivista o a contratar empréstitos y a cobrar todo tipo de dietas y comisiones. El trabajo —los hatos o el café— eran algo marginal, profundamente estático. Era tan rudimentario, que se había bajado hasta el tope. De ahí la precaria estabilidad.

Y cuando en 1903 se acabó la guerra fue porque un caudillo derrotó a los demás y se centralizó el sistema, que con Gómez llegó a parecer eterno. Gómez, el compadre de media nación que trabajaba para él y velaba por sus asuntos. Pero trabajaba como siempre, sin cambiar nada.

La sustitución de la guerra por el Estado como medio de acceder a la política entendida como modo de apropiación de los magros excedentes, bien directamente mediante el empleo, bien indirectamente mediante concesiones supuso para el país un gran paso a la estabilización. Pero esto no se logró por la voluntad nacionalista de Castro. Ya que su nacionalismo, de hondo significado moral, estaba vacío de contenido en la órbita de la política económica interna. Esto lo logró su taimado compadre, pero a costa de uncir el carro del país a la órbita económica de USA. Y todo esto fue posible porque en nuestro país existe un producto que es altamente necesario para mantener en funcionamiento y en expansión la vasta maquinaria productiva de otros países que se dedican a esa extraña ocupación de la Edad Moderna que se llama producir. Una ocupación desconocida para nosotros. Y gracias a la alta productividad de estos enclaves capitalistas pudo haber en nuestro país más torta para repartir entre los amos de siempre. Ya no fue necesario que esperaran los más el turno de su revolucioncita.

Este proceso, sin embargo, se acelera tanto que produce desajustes. Por una parte hay grupos burgueses que han subido tanto que necesitan una administración más ágil y eficiente y más receptiva a sus nuevos intereses, por otra parte está el pueblo que no se resigna a asistir como un convidado de piedra a este festín nacional. Y entonces nacen los partidos actuales con un impulso juvenil y forjados en luchas realmente modernas. Pero en seguida se criollizan, adaptándose a los esquemas de siempre. Y en el fondo los dos líderes de los dos grandes partidos son también dos grandes compadres que mediante su conocimiento concretísimo de los hombres, mediante el sistema tradicionalísimo de lealtades, de repartos y contrapesos de influencias, de premios y castigos han podido agrupar, disciplinar y retener a muchos hombres.

LA BARBARIE DEL PAIS

Esa dependencia tan excesiva de la política revela la barbarie del país. Revela que no sabemos hacer otra cosa. Revela que el aspecto productivo es secundario. Y eso en la educación, en

la burocracia, en las empresas estatales y aun en la empresa privada. El que produce leche para recibir un subsidio, el que compra terrenos urbanos para especular o terrenos del campo para acaparar empréstitos, el que funda para lo mismo empresas fantasmas, el que importa alimentos que podrían producirse en el país porque es más fácil ganar importando que ganar produciendo, el que autoriza cualquier transacción por el mero hecho de cobrar una comisión es simplemente un bárbaro, ese no es un ser civilizado aunque tenga en casa artísticos cuadros, viaje, financie una fundación cultural y dé fiestas de sociedad. Y también es un bárbaro el que ejerce un cargo educativo o burocrático sólo porque es amigo de fulano o porque es del partido, es decir porque le toca. La racionalidad interna del trabajo no cuenta. El cargo es un simple expediente para embolsarse el dinero. En nuestro país no es cuestión de quién se lleve la plusvalía que nosotros generamos. Nuestro problema es que, fuera del petróleo que es una industria foránea enclavada en el país, apenas se genera plusvalía. En bastantes casos el valor real de lo que se trabaja no alcanzaría ni para comer. Pero como en el puesto no se retribuye el trabajo sino la viveza y el oportunismo, el pertenecer a la tribu —a la misma tolda, decimos— puede dar desde para comprar la casita y el terno bien brillante y organizar una buena parranda hasta para carro último modelo, fiestas estrepitosas, quinta lujosa y viajes por el mundo.

SI EN EL PAIS EXISTIERA CARRERA ADMINISTRATIVA

Pensemos lo que sería el país si existiera una carrera administrativa. ¿Qué pasaría si en un cambio de gobierno en que entra un partido y sale otro no fuera posible cambiar a más de docientas personas? Sencillamente desaparecerían los partidos políticos actuales. Pues en esas condiciones los partidos ni servirían como medio de vida, como modo de hacer carrera en este país, ni servirían tampoco como palanca para industriales rapaces y poco creativos. Habrían perdido su función directa y su función indirecta.

Y entonces tal vez podrían nacer agrupaciones libres de ciudadanos libres, libres incluso económicamente por el derecho que les da su profesión, que se unirían para llevar planes de utilidad común según las distintas posiciones sobre economía política. Pero que no se unirían para resolver directamente su problema económico. Que no reconocerían en el partido una agencia de empleos. Ni en el puesto un modo de recompensar, retener y captar fidelidades. Sino que sería la agrupación de personas ya empleadas y seguras en su empleo, que se unirían para orientar y llevar intereses económicos colectivos. La consecuencia de todo esto sería que la gestión del gobierno, de ser una gestión estática —el mismo hato de siempre ordeñado por distintos capataces— pasaría a ser una función dinamizadora y por eso cohesionadora del todo social.

¿Qué pasaría si, por llevarse técnicamente —de acuerdo con un uso racional de nuestras necesidades y posibilidades— la política económica, los industriales, los hacendados, los importadores y los banqueros vieran drásticamente recortado su poder de maniobra, de ventajismo, de juego financiero meramente especulador? Tal vez se les ocurriría tomar en serio sus hatos o sus fábricas o sus bancos, tomarlos como entidades que tienen una racionalidad interna que se puede desarrollar. Y descubrirían el oficio de ganar dinero produciendo bienes productivos con determinadas condiciones sociales, produciendo riqueza nacional. Descubriríamos ¡el capitalismo! No este capitalismo dependiente, parasitario, ventajista e incompetente, sino ese aspecto del capitalismo en el que insistieron los clásicos y que entusiasmó a Marx, ese salto cualitativo en los medios de producción, el llegar al dinero produciendo riqueza, transformando humanamente la tierra y la sociedad.

No se trata de que desconozcamos la terrible corrupción de los países capitalistas, que precisamente el año pasado en USA reventó tan estruendosamente. Se trata de comprender el carácter concreto de nuestra corrupción. Que si por una parte tiene que ver con el capitalismo mundial en cuanto que el petróleo es la condición de posibilidad y en cuanto que la penetración en nuestro país de las necesidades consumísticas la han desatado y orientado, sin embargo la manera concreta como se desarrolla en nuestro país tiene que ver con un sistema de clientazgo, de patronazgo y de compadreo que son características de un país que aún no ha tomado en cuenta la necesidad de la productividad y su racionalidad interna.